

Llegaron al justo cielo." —
 Dijo, y volviendo la espalda
 Salióse de allí, resuelto,
 Poniendo al concurso espanto
 Su libertad y denuedo.
 Quiso el monarca sañudo
 Mandar que le traigan preso,
 Cuando sintió penetrante
 Nuevo dolor en su pecho.
 Descúbrelo, y le hallan todos
 Abrasado de un cauterio,
 En que con asombro miran
 Ser el vaticinio cierto.

JOSE MARIA HEREDIA.¹

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
 Errante masa de perennes llamas
 Que iluminas é inflamas
 Los desiertos del éter en tu vuelo:
 ¿Qué universo lejano
 Al sistema solar hora te envía?
 ¿Te lanza del Señor la airada mano
 A que destruyas en tu curso insano
 Del mundo la armonía?
 ¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
 El sabio laborioso
 Para seguirte se fatiga en vano,
 Y más allá del invisible Urano
 Ve abismarse tu carro misterioso.
 ¿El influjo del Sol allá te alcanza,
 O una funesta rebelión te lanza
 A ilimitada y férvida carrera?
 ¿Bandido inquietable de la esfera,
 Ningún sistema habitas,
 Y tan cerca del Sol te precipitas
 Para insultar su majestad severa?
 Huye su luz, y teme que indignado
 A su vasta atracción ceder te ordene,
 Y entre Jove y Saturno te encadene,
 De tu brillante ropa despojado.

1. Nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803. Vino á México en 1825 y residió y escribió aquí hasta su muerte, acaecida á fines de 1839.

Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte, ledo
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan sólo ahora
En mi alma dejas impresión profunda:
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes días,
A mi agitada mente parecías
Un volcán en el cielo.

El ángel silencioso
Que hora inocente dirección te inspira,
Se armará del Señor con la palabra
Cuando del libro del Destino se abra
La página sangrienta de su ira.
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo,
Y escombros abrasados
De mundos destruídos
Llevarán el terror á otro sistema!
Tente, Musa, respeta el velo obscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la región de lo futuro.
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
Al Hacedor magnífico revela.

WENCESLAO ALPUCHE.¹

LA FAMA.

En lecho delicioso,
De pluma delicada bien mullido,
El sibarita ocioso
De oro y seda vestido,
Descanse el cuerpo de placer rendido.

Disfrute allá en su idea,
En éxtasis sabroso, todo el lleno
De bienes que desea;
Libre, feliz, sereno,
De pesadumbre y de fastidio ajeno.

Y el sueño blandamente
Sus párpados cerrando adormecidos,
La imagen le presente
De mil apetecidos
Deleites, fácilmente conseguidos.

Vendrá empero la muerte
Y segará su vida descuidada
Con su guadaña fuerte;
Su memoria lanzada
Será entonces al seno de la nada.

Yo sobre cama dura
No pueda descansar ni aun débilmente:
Del dolor la amargura

1. Nació en Tihosuco, provincia de Yucatán, el 28 de Septiembre de 1804.
Falleció en Tekax el 12 de Septiembre de 1841.

Devóreme inclemente:
No tenga en donde reclinar mi frente.

Despedazada el alma
De pasiones violentas, no consiga
Un momento de calma,
Y la inquietud me siga,
Y eterno el infortunio me persiga.

Atormentado sea
Mi sueño por la imagen de la muerte:
Aun dormido me vea
Luchando con la suerte;
Halle sólo aficción cuando despierte.

Pero mi acerbo llanto,
Del deleite jamás interrumpido,
Vigor dará á mi canto;
Al canto dolorido
Que arranque mi memoria del olvido.

¡Patria adorada mía!
¿No cubrirán tus jóvenes de rosas
Mi sepultura fría?
¿Tus vírgenes hermosas
No entonarán mis cánticos llorosas?

No de inmortal renombre
La orgullosa ambición mi pecho inflama;
Pero arderá mi nombre
Con refulgente llama,
Si su poeta Yucatán me aclama.

FERNANDO CALDERON.¹

EL SUEÑO DEL TIRANO.

De firmar proscipciones
Y decretar suplicios el tirano
Cansado se retira,
Y en espléndido lecho hallar pretende
El reposo y la paz. ¡Desventurado!
El sueño, el blando sueño,
Le niega su balsámica dulzura;
Tenaz remordimiento y amargura
Sin cesar le rodean:
En todas partes estampada mira
De sus atroces crímenes la historia:
Su implacable memoria
Fiel en atormentarle, le recuerda
Las esposas, los hijos inocentes
Que por su saña abandonados gimen
En viudez y orfandad: gritos horribles
Cual espada de fuego le penetran:
Con pasos agitados
Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor, son nombres vanos
Que jamás comprendió: los ojos torna;
Su cetro infausto y su corona mira;
Un grito lanza de mortal congoja;

¹ Poeta dramático. Nació en Guadalajara el 20 de Julio de 1809. Murió en la villa de Ojo-Caliente el 18 de Enero de 1845.

Con trabajo respira,
Y á su lecho frenético se arroja.

Ya, por fin, un sopor espantoso
Sus sentidos embarga un momento;
Pero el sueño redobla el tormento
Con visiones de sangre y horror:

A un desierto se mira llevado
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta
Con un sordo siniestro crujir:

A su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
A sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirsutas nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:

Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos ardiendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo
De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan
Sus atroces funestas miradas:
En sus frentes de sangre bañadas,
Del infierno refleja el horror:

Y sus dientes rechinan entonces
Y sus cárdenos labios abriendo,
Este grito lanzaron tremendo:
“¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!”

Las cavernas de un monte vecino
El acento fatal secundaron:
Largo tiempo los ecos sonaron
Repitiendo la horrísona voz;

Y el crujir de las olas y el viento,
Y el estruendo del rayo espantoso
Parecía al tirano medroso
Que clamaban también “¡maldición!”

Cambia luego la escena: entre tinieblas,
De fuego circundado,
Gigantesco fantasma se presenta:
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima:
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcán, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
En carcajadas hórridas prorrumpen,
Y al réprobo saludan.

Tiemblan sus miembros: líbicas serpientes
Ciñen su corazón, y ni un suspiro
Puede exhalar, ni respirar siquiera. . . .
¡Sacude el sueño: vagorosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, dondequiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente:
Se inunda su frente
De frío sudor:

Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor.

Cansados sus ojos
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
Está su sentencia:
En vano clemencia
Demanda su voz:
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente,
La mano de Dios!

JOSE DE JESUS DIAZ.

A NAPOLEON.

Nuncio tuyo el cañón, meció tu cuna,
Te coronó, guerrero, la victoria;
De mayor capitán no se halla historia,
Ni de César más varia suerte alguna.

Sucumbió la discordia á tu fortuna
Y, á conservar de libertad la gloria,
Bendijeran con gozo tu memoria
Generaciones mil una tras una.

Sol, de entre el mar tuviste nacimiento;
Brillar el mundo te miró asombrado,
Sobre los tronos erigir tu asiento.

También caíste al mar, sol despeñado:
Fué tu ascensión de pueblos escarmiento;
Es tu ocaso de reyes un dechado.

1. Padre de nuestro sabio ingeniero y astrónomo Don Francisco Díaz Covarrubias. Nació como por 1809, probablemente en la provincia de Veracruz; y falleció en Puebla en Septiembre de 1846. Ocupó diversos puestos públicos en el Estado de Veracruz.